



Santiago J. Sarandón

Ingeniero Agrónomo

Los requisitos de la agricultura sostenible

Para hacer de la agricultura sostenible una realidad, es necesario cumplir algunos requisitos, como que los sistemas agrarios sean, además de económicamente viables, suficientemente productivos, ecológicamente adecuados y cultural y socialmente aceptables

La agricultura sostenible es aquella que permite satisfacer las necesidades de esta generación sin comprometer la capacidad de satisfacer las necesidades de las generaciones futuras; es decir, debemos buscar sistemas que puedan producir con niveles aceptables ahora, y seguir produciendo en el futuro en estos niveles

En el artículo anterior (Hi27) planteábamos la dificultad de medir la sustentabilidad de la agricultura, junto con la necesidad de mejorar la capacidad de tomar decisiones al respecto. Nunca como hoy el agricultor tiene tantas tecnologías disponibles. ¿Cuáles son las más sustentables? Una de las definiciones más comunes considera que la agricultura sustentable es la que permite satisfacer las necesidades de esta generación sin comprometer la capacidad de satisfacer las necesidades de las generaciones futuras. Debemos buscar sistemas que puedan producir con niveles aceptables ahora, y seguir produciendo en el futuro en estos niveles. Pero, ¿durante cuánto tiempo? Desde un punto de vista ideal uno diría por siempre. Pero en la práctica al menos deberá satisfacer las necesidades de la próxima generación, un lapso equivalente a unos 25 años. Este entonces debería ser el plazo mínimo para considerar a una actividad sustentable o no. De otra manera, estaremos hablando de productividad, rentabilidad, etc., pero no de sustentabilidad.

Para que esto sea posible los sistemas deben ser, además de económicamente viables, suficientemente productivos, ecológicamente adecuados y cultural y socialmente aceptables. Estos conceptos son igualmente importantes, no son reemplazables unos por otros y deben tratar de cumplirse simultáneamente. Esto implica que no puede obtenerse un alto beneficio económico si esto está basado en la destrucción de los recursos naturales. El primer aspecto es obvio, no puede existir una agricultura que no sea rentable para el productor o agricultor. Pero esta rentabilidad no puede ser hecha a costa de la degradación de recursos naturales, propios o ajenos. Lamentablemente dentro del sistema económico vigente, la forma de calcular la rentabilidad de las actividades agropecuarias no tiene en cuenta la degradación de los recursos, ni el daño al ambiente externo. Por ejemplo, la disminución del porcentaje de materia orgánica del suelo, como consecuencia del laboreo para aumentar los rendimientos, no es considerada una pérdida en los cálculos de rentabilidad. El contabilizar sólo las ganancias por mayor rendimiento, crea una falsa ilusión de riqueza, ya que en realidad estamos destruyendo nuestro capital.

Esto tiene que ver con la otra condición: que sea ecológicamente adecuada. Es decir, debe preservar sus propios recursos productivos y a su vez, debe evitar o minimizar el daño al ambiente local, o regional. Una agricultura que destruya sus propios recursos no puede ser mantenida por mucho tiempo. Por lo tanto, se debe hacer un uso de los recursos naturales igual o menor a su tasa de regeneración. Y en el caso de los recursos no renovables, como el petróleo (fuente de la mayor parte de la energía utilizada), su uso debe ser menor o igual a la tasa de desarrollo de una tecnología sustitutiva. En este sentido hay algunos sistemas que tienen una eficiencia negativa: gastan más energía de la que producen, lo que significa que están transformando el petróleo en alimentos. Por otro lado, la realización de ciertas prácticas agrícolas que ocasionan un daño actual o potencial a otros sistemas y/o personas no puede ser admitido. La agricultura no puede estar basada en la destrucción o degradación de los hábitats para otras personas o para animales silvestres etc. Un ejemplo de esto es la contaminación de aguas superficiales (ríos, lagos, etc.) y subterráneas por nitratos derivados del uso excesivo de fertilizantes o abonos, sobre todo en sistemas industrializados. Aunque estos ejemplos den una idea más clara acerca de la necesidad de preservar nuestros recursos, no está tan claro aún cuáles son estos recursos y el efecto que las distintas tecnologías tienen sobre su preservación o degradación.